

ACUARELAS EN TIEMPO GRIS: PINCELADAS DE
LA HISTORIA DE LA AGRUPACIÓN CULTURAL
UNIVERSITARIA Y SUS LAZOS CON EL RENACER
DE LA FECH
(C. 1977- C. 1984)

Pablo Toro-Blanco

PABLO TORO-BLANCO

Pablo Toro-Blanco. Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile y Magíster en Historia por la Universidad de Chile. Profesor asociado del Departamento de Historia de la Universidad Alberto Hurtado. Integrante de RECUME (Red de Estudios sobre Conflictos Universitarios y Movimientos Estudiantiles en América Latina). Sus áreas de investigación son historia de la educación, de los movimientos estudiantiles universitarios y de las emociones en Chile.

ACUARELAS EN TIEMPO GRIS: PINCELADAS DE LA HISTORIA DE LA AGRUPACIÓN CULTURAL UNIVERSITARIA Y SUS LAZOS CON EL RENACER DE LA FECH (C.1977-C.1984)¹

INTRODUCCIÓN

El propósito de este artículo es relevar algunos hitos específicos de la historia de la Agrupación Cultural Universitaria (ACU), dando cuenta de ciertos elementos del contexto nacional y universitario en que se originó. Para ello, se alude de modo sucinto a la situación cultural de los primeros años de acción represiva de la dictadura civil-militar encabezada por Augusto Pinochet, sintetizados bajo el rótulo de «apagón cultural». Complementariamente, se analiza a la ACU desde una óptica que introduce tres énfasis principales. El primero se propone problematizar las relaciones entre las dimensiones políticas y culturales en los movimientos estudiantiles. En segunda instancia, se ensaya un análisis de la ACU desde la perspectiva de los nuevos movimientos sociales en diálogo con la historia de las emociones. Por último, se busca engarzar su legado con el resurgimiento de la FECH en 1984.

El título que encabeza estas líneas rebasa los límites de un homenaje a la ironía y creatividad de los estudiantes que le dieron presencia activa a la ACU entre 1977 y 1982 en la Universidad de Chile. Proscrita la posibilidad de mencionar a la Agrupación Cultural Universitaria mediante su sigla, dados los afanes censores de las autoridades delegadas por la dictadura en la Universidad de Chile, una voz creadora, la del poeta-estudiante Rodrigo Lira, desafió a los militares a cargo de la Casa de Bello con sus «Epigrama Oliengtaleh», acogiendo

1. La mayor parte de este artículo se basa en una versión previa destinada a formar parte de una publicación sobre ACU que, desafortunadamente, no prosperó. El autor agradece, de todos modos, a Claudio Ogass y Leonardo Cisternas por la invitación y por haber hecho comentarios a ese primer texto. Por supuesto, ellos no tienen responsabilidad sobre su contenido.

y celebrando en sus versos a la sigla prohibida². Hoy, prolongar en el tiempo ese juego con las palabras y homologar a esta organización con una acuarela multicolor implica reconocer (y agradecer, ciertamente) el trabajo de una generación de estudiantes que luchó por preservar espacios de encuentro y comunión poblados de música, baile, imágenes y literatura en una época en que el golpe de Estado se prolongó hacia el campo de la estética (Errázuriz y Leiva, 2012). Los colores de la ACU tuvieron diversos tonos: nostálgicos de un tiempo sumergido junto con la muerte de un proyecto de cambio social; combinados con otras tonalidades para hacer frente a los grisáceos trazos de un país bajo censura. En efecto, la ACU se aparece ante los ojos del espectador que se asoma a su historia (conservada gracias a los documentos cautelados en el Fondo correspondiente en el Archivo de la FECH) como un crisol de respuestas universitarias y juveniles frente a una Universidad ocupada.

En muchos aspectos, la historia de la ACU ya ha sido revelada en sus trazos mayores, principalmente gracias a la acuciosa investigación *ACU. Rescatando el asombro. Historia de la Agrupación Cultural Universitaria*, del historiador chileno Víctor Muñoz Tamayo (2006), que entrega una perspectiva amplia acerca de sus orígenes, formas de acción y relaciones con el entorno hostil en que le tocó desenvolverse. Paralelamente a la aparición del trabajo de Muñoz Tamayo, abordamos también a la ACU en un capítulo del libro *Los Muchachos de Antes. Historias de la FECH (1973-1988)*, que buscó ofrecer una historia panorámica de la FECH bajo la dictadura (García Monge, Isla Madariaga y Toro Blanco, 2006). En este intentamos traducir el sentido de la resistencia y la perpetuación de la identidad cultural estudiantil promovido por la ACU bajo el título «Cuidar el fuego: la república universitaria de la ACU». Posteriormente, han aparecido otros estudios que giran en torno a la historia de la agrupación, brindando miradas complementarias como, por ejemplo, las dirigidas a la «cultura política» que en ella se habría manifestado (Cook Grez, 2009).

2. El segundo epigrama de Lira fue leído en 1978 en un acto literario de la ACU (Lira, 2003, 114).

«She pohtula que la acu puntula cula la engfelmedá.
la lokula, la neuloshi, la sholedá, el shuffimiengto
y el dolol -ke a ehta al tula del paltido leshultan
leshelah in chopol table, polke ni fu man do mali wana
podlía lo uni vel shi talio de I kiolda ek pelimental
tlan ki li da i felishidá- de manela que tenel
que integlalshe lá pida mente a un tayel de cual quiel
lama del alte o del queachel al tihtico cultural, o
folmal uno konh loh komg pañeloh de culso o de luta».

En lo que sigue deseamos rescatar una veta que nos resulta especialmente significativa para nuestro análisis respecto al poder de la ACU como espacio de identidad y acogida. Muñoz Tamayo sintetiza muy bien el potencial de profundizar en el significado que tuvo la ACU como instancia de encuentro reproductora y productora de cultura no hegemónica, que en tiempos de gris castrense sirvió para galvanizar

sensibilidades comunes, provocar emociones, expresar las tensiones de la vida bajo la opresión, mantener viva la esperanza de un futuro mejor; y todo ello en público buscando al mismo tiempo burlar al poderoso, reírse de él y astutamente ganarle una batalla. (Muñoz Tamayo, 2006, p. 15)

Tamaño tarea tuvo que ser emprendida en un ir y venir entre lo público y lo clandestino, que oscilaba entre la muy poco frecuente disponibilidad de recursos (logrados incluso con paradójicos auspicios como, por ejemplo, el de Coca-Cola) y la escasez crónica de medios materiales. Otro movimiento pendular se expresaba entre una tolerancia que alentaba a la ACU (manifiesta, por ejemplo, en autoridades con legítima raigambre universitaria como los académicos Claudio Anguita, de Ingeniería, o Fernando Valenzuela, de Humanidades) y sus intentos por esquivar la censura y antipatía más descomedida, resumida en los dirigentes estudiantiles oficialistas de la Federación de Centros de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECECH) y en la mayor parte de las autoridades de la Universidad intervenida.

La capacidad de la ACU de convertirse en un lugar de encuentro requiere ser comprendida y problematizada en estrecha relación con su identidad de espacio atravesado por la excepcionalidad de un tiempo dictatorial de inéditas dimensiones e impacto en nuestra historia nacional. Por otra parte, atendiendo a un hecho que suele minusvalorarse pese a su obviedad, la ACU fue un espacio de aprendizaje, socialización, resistencia, consuelo y organización que estuvo atravesado por las coordenadas de la condición juvenil y por las circunstancias de su índole generacional. Esta realidad debiera servir, además, como un filtro con el cual acercarse a sus fuentes y documentos, así como también a sus autorepresentaciones o a las reacciones que despertó en los otros actores de la época. «Ser de la ACU» era también un modo de ejercer la condición juvenil en los años setenta y tempranos años ochenta del siglo XX.

Desde esa condición es que sus integrantes buscaron preservar buena parte de la identidad estudiantil universitaria nacional y latinoamericana de raigambre histórica, proveniente de los inicios del siglo pasado. La identificación

acostumbrada de la juventud con el progreso, la modernización y, eventualmente, la revolución había recorrido un largo tránsito de la mano del estudiantado: desde la «juventud estudiosa» de los tiempos de la fundación de la FECH, en 1906, hasta los universitarios comprometidos con el cambio estructural antes del golpe de Estado (González Cangas, 2013). Por ende, tomar el pincel o la cámara fotográfica y reunirse con otros periódicamente, también escribiendo o creando mediante la danza o el teatro, eran maneras múltiples en que los integrantes de ACU mantenían viva la imagen e identidad del estudiantado universitario como actor de cambio social. Por lo mismo, la FECH se mantenía viva, pese a su proscripción legal, a través de su pervivencia simbólica en el imaginario de quienes participaban de la ACU.

LA PROPUESTA DE LA ACU FRENTE AL APAGÓN CULTURAL EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Transcurridos ya algunos años desde la toma militar del poder en Chile, comenzaba a expandirse una cierta sensación de malestar entre distintos sectores de opinión acerca de la situación cultural derivada de los estados de excepción y de la censura a actividades artísticas y publicaciones. Desde las tribunas de los propios partidarios del régimen surgían inquietudes respecto al estado de la cultura en el país. Incluso a partir de definiciones más bien estrechas de cultura (entendida como manejo enciclopédico de un legado de conocimientos), se apreciaba que las nuevas generaciones mostraban preocupantes tasas de desinformación y desconocimiento respecto a la matriz cultural esperada. Así, a inicios de 1977, un columnista de *Qué Pasa*, una revista poco sospechosa de ser de oposición a la dictadura, recogía y analizaba las inquietudes formuladas por el ministro de Educación, el almirante Arturo Troncoso Daroch, respecto a los pobres conocimientos de los postulantes a instituciones militares, y se quejaba irónicamente de la circunstancia, ampliándola al conjunto del sistema terciario de educación: «según actuales aspirantes a la Universidad, Allende obtuvo el Premio Nobel de la Paz, ‘Recuerdos del Pasado’ fue escrito por el *chileno* Julio Verne y Portales debió afrontar el peligro marxista» (Emmerich, 1977, p. 22. Resaltado en el original).

El «apagón cultural», que fue el nombre con el que se rotuló a esa molestia de época, fue empleado tanto por partidarios como por opositores a la dictadura para plantear sus preocupaciones respecto a los vaivenes de una cultura que se dirigía, de manera acelerada, desde un horizonte en que el Estado había sido actor y promotor (mediante políticas *ad hoc*) hacia un incierto escenario

de orfandad frente a las fuerzas del mercado (Donoso Fritz, 2013, p. 106). La desaparición de proyectos editoriales de alcance masivo y la censura de obras y autores por razones políticas profundizaban el marasmo percibido en el ámbito de las actividades culturales. Todos estos factores, junto con las demandas tradicionales vinculadas a la vida universitaria en relación con la creación cultural, contribuyeron a generar las condiciones para que el surgimiento de la ACU cobrara pleno sentido y encontrara justificación al interior de las escasas actividades estudiantiles que existían en la época en la Universidad de Chile.

Por ello comenzaron a aglutinarse las distintas iniciativas culturales estudiantiles que existían en la Universidad de Chile, para afrontar desafíos múltiples: presentar batalla a la lánguida cultura de tiempos de dictadura y, al mismo tiempo, rescatar y prolongar la identidad cultural y artística tradicional del movimiento estudiantil, para colaborar en su reestructuración. Tempranos antecedentes de estas inquietudes provenían desde los albores de la dictadura. De acuerdo con la memoria de integrantes de la ACU, ya en abril de 1974 se hizo un montaje de una obra de teatro por estudiantes de un taller en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Al recordar los prolegómenos de la consolidación de la ACU como una red de talleres, Juan Pérez valoraba que

durante todos esos años hubo una enorme actividad diría yo, con el miedo, con los recursos que no estaban, y como decía Juan Carlos [Cárdenas], tratando de abrir espacios que no había. Pero en esa época uno no le llamaba 'abrir espacios que no había', sino que sencillamente uno le decía a otro 'oye, mira, juntemonos', etcétera. (García Monge, Isla Madariaga y Toro Blanco, 1996)

Las palabras de Pérez nos resultan relevantes en la medida que exponen las condiciones de la experiencia de los estudiantes en esos primeros grupos culturales: el miedo y la carencia, pero, sobre todo, la necesidad de crear comunidad. Los primeros espacios ocupados por los estudiantes para expresar estos intereses correspondieron a instancias que tenían una fuerte ligazón con el folclore y, por ende, estaban menos expuestas a la represión o censura inmediata de parte de las autoridades, dadas las orientaciones culturales iniciales de corte nacionalista que promovió la dictadura. Se vivía así la paradoja, como narra Juan Carlos Cárdenas, de que en alguna ocasión integrantes del conjunto musical y de baile del Campus Antumapu debían asistir al mediodía a la Casa Central de la Universidad a brindarle un esquinazo folclórico al general Pinochet, volver al lejano recinto universitario en el paradero 25 de avenida Santa Rosa, para —más tarde— reunirse en «El Hoyo», espacio de encuentro artístico y

conspiración política estudiantil contra el régimen, ubicado en la Escuela de Ingeniería (García Monge, Isla Madariaga y Toro Blanco, 1996).

En tales circunstancias de vacío cultural y necesidad de pertenencia es que surgió la ardiente paciencia de los estudiantes opositores, que formaron la ACU para ganar batallas de escala diaria: por ejemplo, la instalación de una guitarra como parte de la vida cotidiana de la Escuela de Economía que permitiera convocar y crear un espacio de contacto entre iguales, tal como comentaba Patricio Lanfranco (Brodsky, 2003, p. 36). En los arpegios juveniles (muchas veces heterodoxos, musicalmente hablando) se jugaba, más allá de un problema estético, un asunto ético: volver a ser universitarios.

Para avanzar en ese camino, la ACU fue forjando una propuesta cultural que se hizo a la medida de las circunstancias y, por lo mismo, no puede comprenderse como un producto de una discusión pausada, un plan orgánico o de un proyecto enteramente racionalizado. Sí es posible apreciar algunas constantes en la propuesta de la Agrupación que cruzan sus diversas etapas. Una muy importante, sin duda, fue el compromiso por disputar permanentemente la propia categoría de cultura, generando choques semánticos (e incluso materiales) sobre el concepto frente a las proposiciones, generalmente poco sofisticadas, que se levantaban desde el campo estudiantil gobiernista. A ello habría que agregar una voluntad sostenida de establecer relaciones de filiación con los símbolos de identidad históricos del movimiento estudiantil, y reconocerse como espacio de sobrevivencia y memoria de ciertos elementos propios de los repertorios estéticos característicos de los movimientos populares en Chile.

El poder de convocatoria de ACU se fue fortaleciendo durante los años siguientes de manera sostenida, hasta comenzar a decaer hacia 1982-1983. En ello, sin duda, le cupo algún rol a algo muy propio de las acciones colectivas y de las organizaciones estudiantiles: su naturaleza muchas veces transitoria, atada a la lógica generacional que, en ocasiones, fortalece la consistencia de un círculo, galvanizando su identidad, pero hipotecando su capacidad de convertirse en un eslabón que pueda engarzarse con los siguientes. En los momentos de auge de la ACU es posible encontrar la expresión de una generación de tintes muy singulares: algunos estudiantes con legado vivencial de la experiencia de la Unidad Popular y otros que ingresaron a una Universidad ya intervenida militarmente. La matriz cultural desde la que fueron tejiendo la red de talleres —que a la larga, fue la ACU— era tributaria de un legado telúrico, una estética que reconocía sus fuentes en las expresiones artísticas del movimiento popular. Guitarra y paloma fueron dos alegorías poderosas en las imágenes y afiches que acompañaron a las distintas actividades de la Agrupación, sirviendo como códigos de reconocimiento e identidad. La gráfica de la ACU, representativa de

esa generación bajo dictadura, se encuentra preservada en el Fondo Documental ACU del Archivo FECH.



Fuente: Fondo ACU. Archivo FECH.

Sin embargo, la historia de la ACU no podría ser comprendida integralmente sin alusión a su fallida y famélica antagonista: la cultura promovida por los estudiantes oficialistas de la Universidad de Chile. Elegir «ser de la ACU» era también un modo de oponerse a una comprensión específica de lo cultural como un quehacer aséptico. Por eso, hubo conflicto permanente con los estudiantes oficialistas. Así, a fines de octubre de 1980, el diario *La Segunda* recogía las declaraciones de Patricio Zamora, director del departamento cultural de la Federación de Centros de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECECH), quien acusaba a la ACU de tener fines «netamente políticos y que, tras sus actividades supuestamente culturales, solo buscan el compromiso ideológico de los estudiantes» (Zamora, 1980). Era el vocero circunstancial de la organización estudiantil promovida por las autoridades interventoras de la Universidad de Chile, en un escenario en el que se intentó formar un movimiento estudiantil oficialista, con apoyo (no exento de tensiones mutuas) de sectores nacionalistas y gremialistas. Las quejas de Zamora tenían mucho que ver con la incomodidad de los estudiantes afines al régimen pinochetista al constatar que enfrentaban serias dificultades para levantar una propuesta estética y cultural propia (Toro Blanco, 2011, p. 462).

LA ACU: UN ESPACIO DE CULTURA, UNA INSTANCIA POLÍTICA Y UN REFUGIO EMOCIONAL

Al dar una mirada a la ACU como un retazo de la historia de los estudiantes de la Universidad de Chile en época de dictadura, emergen múltiples posibilidades de interpretación. Hay ángulos insospechados que los documentos que constituyen

el Fondo ACU y otras fuentes permiten iluminar. Ya se ha señalado que la Agrupación es terreno fértil para comprender a una generación y los avatares por los que tuvo que transitar la actividad cultural y política en circunstancias inéditas en la historia de la Universidad. Puede sostenerse que, además de ser una acuarela de expresiones culturales en tiempos de censura (como hemos querido dejar visible en el título de este texto), la Agrupación también es (y seguirá siendo, gracias al esfuerzo curatorial y archivístico del Archivo FECH) un portal para acceder a preguntas que la historiografía, en su perpetua renovación, se va planteando. Como una muestra de esto, en los siguientes párrafos ensayamos una exploración básica de cómo la ACU constituyó, además de un sitio de cultura y un nicho para reconstruir vida política, un refugio emocional, una red de contactos y esperanza.

Mirar a la ACU desde la óptica propuesta se inscribe en una perspectiva respecto a la historia de los movimientos estudiantiles que se empeña en incluir algunas de sus dimensiones usualmente menos visitadas. Como hemos tenido la oportunidad de señalar en otro texto, los estudiantes de la Universidad de Chile en los primeros años de la dictadura pinochetista heredaron una constelación de significados que podría caracterizarse como «una sensibilidad de izquierda, popular, orientada a la colectivización de espacios y al énfasis en la crítica, la movilización política de la ira contra el orden existente y el despliegue de la solidaridad grupal» que, a través de la imposición de la censura y la represión, fue confinada a los márgenes de la vida universitaria (Toro Blanco, 2015, p. 116).

En el ámbito de la experiencia estudiantil, tanto individual como colectiva, lo cotidiano fue removido hasta sus raíces más profundas: la prohibición de reunirse en grupos de tres o más personas (o de pisar el pasto) fueron signos visibles de un régimen emocional autoritario prevaleciente en el país, que buscaba reprimir y suprimir determinados afectos y sensibilidades, reforzando su actuar en cada acto administrativo. La presencia castrense en la Universidad fue tempranamente experimentada como una suerte de invasión por parte de estudiantes como Juan Carlos Cárdenas que, de vuelta a clases en el Campus Antumapu un par de semanas después del golpe militar, constató que ella estaba representada en «el militar que estaba ahí [que] habló sobre la patria, habló sobre la construcción de un nuevo país que se nos invitaba a ser parte de ellos, una cuestión muy así, muy...facha» (Ogass y Cisternas, 2014, p. 33).

Ese impacto sobre el día a día nos parece relevante tanto en términos culturales como políticos, dado que condicionó los estilos de reconstrucción del movimiento estudiantil como tal en la segunda mitad de la década de los 70 e inicios de los 80 del siglo XX. De una u otra manera, se podría resumir,

no sin caer en el riesgo de la simplificación, como un contraste estructural entre un asociacionismo desde las lógicas militantes con niveles acotados de viabilidad en su acción proselitista, en un marco de resistencia antidictatorial, o el establecimiento de espacios de convivencia de convocatoria más amplia, con actividades gregarias como las que cultivó con esmero la red de talleres que, en definitiva, fue la ACU.

Para intentar dar mayores luces respecto a la segunda vía recién señalada, nos parece propicio hacer referencia a la idea de «refugio emocional». Ello supone tener a la vista e indagar en los aportes que el antropólogo norteamericano William Reddy (2001) ha realizado, en el contexto de lo que se ha denominado, en décadas recientes, el *giro afectivo* en las ciencias sociales. De su definición, que aquí parafraseamos, destacamos la idea de que un refugio emocional es una organización, formal o no, que brinda liberación y seguridad a sus integrantes respecto a un «régimen emocional» adverso. A su vez, este se define como un conjunto de emociones normalizadas, prácticas y rituales que ayudan a sostener un orden político determinado. Lo interesante de los refugios emocionales es que no solamente brindan acogida, sino que también suponen la potencialidad de convertirse en amenaza para los regímenes en que se enmarcan (Reddy, 2001, p. 129). En esta línea interpretativo, la ACU parece ser un refugio, un fulcro de amistades y vínculos en medio de la hostilidad de la Universidad intervenida (Toro Blanco, 2018).

A partir de la visión del poeta Esteban Navarro, participante en la rama Literaria de la ACU, podría comprenderse mejor una parte de este rol de contención que tuvo la Agrupación para una generación de jóvenes que, ya en el marco de sus experiencias políticas tempranas, habían vivido los significados de lo político como experiencia emocional. Explicando las tramas de la afectividad y solidaridad a las que su generación fue impelida, señalaba que

Tal vez eso tenga que ver con que los que teníamos 17 años o por ahí cuando Allende gobernaba, *tuvimos una aproximación hacia la vida cívica más conectada con la emoción que con una racionalidad instrumental*, más aún considerando que luego del golpe se trató de una época en la que tú tenías que pelear por sobrevivir, por salvar a otro, o ayudarlo económicamente. No nos motivaba ser ‘diputados’ o ‘ministros’ de la ACU (García Monge, Isla Madariaga y Toro Blanco, 1997a. El énfasis es nuestro).

Es probable que la naturaleza políticamente instrumental de la ACU (dado que su eje estaba dirigido a lo cultural) haya provocado menores grados de disputas asociadas a la hegemonía interna. Si seguimos a Navarro, ocupar un

cargo no era el atractivo medular de estar en la Agrupación. Hay testimonios que indican que los filtros de la militancia política no eran de suficiente importancia como para ordenar la convivencia interna, pese a que se asumía como un dato de la causa que el peso mayor de la representación y organización del colectivo reposaba sobre militantes comunistas.

No obstante, se dio el caso de que compañeros de talleres y grupos artísticos pasaron todo su período en la ACU sin saber que compartían militancia partidaria. Ello refuerza la noción de que la Agrupación, en un contexto evidente de oposición y de expresión de una izquierda estudiantil frente a la dictadura, fue un espacio de acogida, un refugio emocional que albergó a independientes y a militantes de distintas tiendas políticas, enfocando su capacidad de apelación en ofrecer una experiencia gregaria de sentidos emocionales compartidos. En mirada retrospectiva, Jorge Rozas, primer presidente de la ACU, ha resumido parte de los logros asociados a esta forma de crear espacio estudiantil universitario de una manera prístina y directa: «sobrevivimos a un mundo de mierda, siendo felices» (Rodríguez, 2016, s/p).

Si la experiencia recordada de la felicidad figura como un saldo histórico para uno de sus líderes, es porque contrasta con el mundo hostil que trae el recuerdo. El espectro emocional, para quienes pasamos por la Universidad bajo dictadura, estuvo marcado por la tensión y la incertidumbre permanente. Marcela Campos, estudiante en los convulsos años 80, da testimonio de esa vorágine de experiencias infaustas: «no salíamos de una para entrar en otra, salimos del funeral de Patricio Manzano y esa mañana detienen a Gonzalo [Rovira], luego mataron a los hermanos Vergara, y después degollan [sic] a los tres profesionales...» (Cisternas, 2012, p. 51).

Esa sensación de estar sumergidos en un *continuum* de amenazas fue la experiencia común, tanto para los que sucedieron a los jóvenes de la ACU y dirigieron sus esfuerzos hacia la reconstrucción de las organizaciones estudiantiles tradicionales como también para los protagonistas de esas singulares militancias culturales que se vivieron en la última parte de los 70 en la Agrupación. Resulta interesante el recuerdo que elabora Patricio Lanfranco, segundo presidente de la ACU, respecto al peso de los aspectos emocionales y, en específico, de uno que poblaba el régimen emocional imperante: el miedo.

Recuerdo que esta cuestión la discutimos en un seminario de la ACU en Maipú, que fue sobre el miedo. Y la pregunta era si las generaciones posteriores efectivamente iban a ser más influenciada por la dictadura o no. Y contrariamente a lo que pensábamos nosotros, las generaciones nuestras, las anteriores, los más viejos, notamos que estaban más preocupados de terminar la carrera, por lo que se metían

menos en el cuento. Y que los cabros venían súper puntudos, con *tutti*. Recuerdo una recepción que le hicimos a los mechones en la Escuela de Economía, con el Ignacio Valenzuela, ¡todos los cabros de primero en la marcha combativamente contra la dictadura, sin ambages!, y eso no era habitual (García Monge, Isla Madariaga y Toro Blanco, 1996).

Frente al miedo, estaba la reflexión compartida. La manera de enfrentar el miedo fue determinante para generar las condiciones de posibilidad de cualquier forma de acción con pretensiones de construir comunidad en el marco de la Universidad intervenida. Como señalaba en 1988 el analista y dirigente estudiantil Víctor Maldonado, al diferenciar dos períodos en el movimiento estudiantil bajo dictadura (1976 a 1983 y 1984 a 1987), el miedo fue un factor omnipresente en la experiencia de los estudiantes opositores. Sin embargo, señala el autor

la diferencia no radica en la ausencia o presencia de este fenómeno sino en el hecho [de] si este se experimenta en la indefención [sic] (personal o colectiva) o contando con el respaldo y solidaridad de una organización pública y reconocida. (Maldonado Roldán, 1998, pp. 5-6).

La ACU fue, precisamente, ese umbral organizativo que permitió a cientos de estudiantes emanciparse del miedo y poder activarse política y artísticamente para enfrentar al régimen. En ello fue crucial reforzar atributos usualmente asociados a lo juvenil como, por ejemplo, la ironía y el humor. En la memoria de los integrantes de la Agrupación circulan varios recuerdos de esa especie. Uno —que nos parece ilustrativo sobre la confluencia del desafío (o sea, el miedo y la represión) y la respuesta— es la anécdota contada por Patricio Lanfranco respecto a un conflicto vivido con alumnos gobiernistas en la Escuela de Arquitectura:

Nosotros fuimos al casino en una oportunidad para invitar a uno de nuestros festivales, y me subo a una silla para hablarle a la gente que estaba ahí, y en eso se me acercan seis gorilas. Nosotros teníamos también nuestra propia guardia. Bueno, hablábamos rapidito, combitos van y vienen, me toman como entre cuatro y uno de ellos me amenaza. Yo estaba muerto de miedo, pero le digo:

— «¿Tú sabes quién soy yo?».

— «¡Claro, eres un comunista!».

— «No, yo soy el presidente de la ACU. Tú me tocas, y mañanas amaneces muerto en un canal».

— «¿Qué te has imaginado, fanfarrón, te voy a sacar la cresta!».

— «Bueno, tócame», y el tipo de a poco me iba dejando suelto, se alejaba y se limitaba a los insultos. Es una cosa ridícula, absurda, pero era el propio miedo de ellos que nosotros en esos casos aprovechábamos de alimentar, que nosotros los comunistas nos comíamos las guaguas, que éramos lumpen. Ellos se creían todo su terror, y gracias a eso nunca me pasó nada con la gente de derecha. (García Monge, Isla Madariaga y Toro Blanco, 1997b)

La ficción de un poder existente solamente en las palabras pudo servir en esa ocasión y quizás en otras tantas para cercar al miedo. La ironía pudo desarmar en ese momento y en otros la ceremoniosa construcción de un régimen emocional basado en la negación y la proscripción de la constelación de valores culturales y políticos que la ACU ayudó a seguir enarbolando en sus años de funcionamiento.

LA FECH RENACE DESDE CENIZAS COLORIDAS

Sin llegar a coexistir temporalmente, podría argumentarse, sin embargo, que la ACU y la FECH compartieron algunos elementos cruciales. Por de pronto, la Agrupación siempre tuvo a la vista la resurrección de la FECH como organización legítimamente representativa de los estudiantes de la Universidad de Chile. Ello formaba parte de su perspectiva política, que buscaba no solamente instalar una esfera sensible compartida mediante las artes, sino que también pretendía rescatar dimensiones de profundidad histórica muy importantes para comprender a la propia Universidad.

El problema de la representatividad emergió como un interés crucial para la ACU en tanto se comprendía a sí misma como un organismo universitario (y, por ende, un actor necesariamente mandatado para entrar en diálogo con los otros componentes de la Universidad). Esto se puede apreciar en momentos críticos en los que buscó superar el mero rol de estructura de canalización de una cultura estudiantil opositora y profundizar en su acción como actor político, pero no renunciando a ser un espacio multidimensional de intereses democratizadores. Testimonio de ello fue, por ejemplo, su cercanía y trabajo conjunto con la Asociación Andrés Bello y la interlocución permanente con académicos de la Universidad. En tiempos de tormentas sobre la Universidad, Patricio Lanfranco, presidente de la ACU, rescataba el espíritu multiestamental como herencia pasada y estímulo presente para enfrentar las arremetidas oficiales:

Se nos acusa de ser un organismo paralelo a FECECH. Pero somos categóricos: no somos una organización que tome todos los problemas del estudiantado, sino parte de sus reivindicaciones fundamentales. No somos tampoco una organización meramente estudiantil, porque hemos incorporado a académicos y funcionarios. Somos la única agrupación multiestamentaria que se ha creado en la universidad desde 1973 en adelante (Lanfranco, 1980, p. 7, Fondo ACU, carpeta 19).

En tal sentido, la ACU también hizo Universidad con los otros estamentos universitarios. Su capacidad no fue solamente artística, sino que reflexiva y política, de lo que da cuenta su preocupación por los rumbos que tendría la Universidad de Chile en un tiempo de transformaciones profundas e inconsultas. La Ley General de Universidades, promulgada en 1981, significó un momento de desafíos al que la Agrupación buscó responder. No obstante, los años siguientes estuvieron poblados por factores que fueron desvaneciendo la paleta de colores de la ACU: el egreso de varios de sus participantes más emblemáticos, la crisis económica de 1982 y el comienzo de las jornadas de protesta nacional en 1983, además de la emergencia a la superficie de las juventudes políticas en el terreno universitario, le restaron impacto. En 1987, cuando se conmemoraron los 10 años de la ACU, esta realidad fue señalada, no sin un dejo de crítica, por Pablo, el encargado de escribir una visión histórica de lo que había sido esa década de cultura, quien decía que

La ACU no fue ajena al despertar político de la Universidad, pero ella misma era parte del sueño. Entonces vino la Eclipse (Y no me digan que no ¿ah?). Lo cultural pasó a “un discreto segundo plano” pues estaba en todos nosotros la necesidad de pelear en directo, en la calle, en las asambleas (los más amarillos). Nada de afiches ni cancioncitas: la protesta, la barricada. Así, surge la Fech, luego la Confech, las elecciones democráticas de autoridades académicas (Pablo, 1987, Fondo ACU, carpeta 1).

En la mirada de Pablo pueden reconocerse dos aspectos que resultan importantes para identificar los puentes existentes entre ACU y FECH. En primer lugar, el hecho de que ambas formaban parte de una lucha política común, en la que la Agrupación cumplía el rol, junto a diversas instancias opositoras previas a la restauración de la FECH (comités de derechos humanos, pastoral universitaria, entre otras), de ser factor de conciencia, movimiento de despertar para la organización estudiantil. Por otra parte, en una suerte de relación que se mostraba mutuamente excluyente, parecía anunciarse que, llegado el momento de la primacía de la lucha estudiantil en formato tanto

electoral como callejero, la médula de las preocupaciones de la ACU (o sea, la cultura, el arte y, como hemos argumentado, su capacidad como espacio contenedor y refugio emocional) habría sido relegada en las prioridades de las y los estudiantes opositores.

Cabe plantearse este problema como una circunstancia que atraviesa a los movimientos estudiantiles, en tanto movimientos sociales: ¿puede convivir la preocupación por prolongar una herencia cultural (por ejemplo, la Nueva Canción Chilena, recogida y cultivada por la ACU), sostener la creación artística y ejercer el rol de refugio emocional, con la tarea de la organización proselitista, el foco en las alianzas políticas y en la integración a las protestas antidictatoriales (como fue parte del mandato fundante de la FECH)? El dilema señalado, que puede resumirse en la pregunta «¿Puede ser lo cultural un fin permanente para un movimiento social que aspire a ser constructor de sociedad en términos políticos?» (Muñoz Tamayo, 2006, p. 17), forma parte de los desafíos que son contingentes a cada episodio histórico que los movimientos estudiantiles deben enfrentar e invita a comprenderlos como espacios multiformes, heterogéneos, difícilmente asimilables a una esencia que transita a través del tiempo. En tanto existen líneas genealógicas que conectan a la ACU y a la FECH, también se debe reconocer que otros factores las distancian. Ellos tienen que ver con las tareas que la contingencia le impone a cada generación.

Cuando la ACU vivía su momento de esplendor (siempre obstaculizada por la coerción que le ofrecían las autoridades universitarias y el contexto) a fines de la década de 1970 e inicios de la de 1980, la resurrección de la FECH era una de sus banderas de lucha, pero también constituía un campo de acción que rebasaba las posibilidades de la Agrupación. En la experiencia de las y los estudiantes que formaron parte de la ACU, la FECH era una tarea por conquistar, en la medida que se constituía como un símbolo tanto de conexión con el pasado histórico del movimiento estudiantil como porque se visualizaba como una plataforma de unidad política contra la dictadura. En cierto modo, como lo hemos insinuado, la ACU era un canal a través del cual, subterráneamente, sobrevivía algo del ideal de organización estudiantil ampliada que evocaba la FECH.

Desde la formación de los Comités de Participación en 1978 y la progresión en la conquista de espacios electorales, usando tanto los espacios acotados de representación que permitía el estatuto de la FECECH como también ejerciendo formas de paralelismo en Centros de Alumnos, el denominado «activo democrático» desarrolló políticas estudiantiles universitarias en paralelo con la existencia de la ACU. Para algunos actores del proceso, incluso podría interpretarse que, desde los episodios tempranos de la resistencia clandestina en los años inmediatamente posteriores al golpe, fueron las juventudes políticas

las que sostuvieron la existencia del movimiento estudiantil. Así, por ejemplo, es como lo concebía Rodolfo Fortunatti al evaluar que

a diferencia de la década del '60 en la que el movimiento estudiantil fue un semillero para el surgimiento de elites dirigentes de los partidos y de nuevos partidos incluso —MAPU, MIR, Gremialista—, en los '70 la cosa es al revés: son los partidos políticos los que producen la emergencia de movimiento estudiantil, o la recuperación del mismo (García Monge, Isla Madariaga y Toro Blanco, 2006, p. 81).

Las circunstancias que se han mencionado (Ley General de Universidades, crisis económica de 1982 y activación política popular a través de las jornadas de protesta nacional) fueron reforzando una mayor centralidad de las luchas de conquista de centros de alumnos democráticos e instalando una esfera de discusión propiamente política, que se vio preludiada en episodios tales como la denominada «Primavera del Pedagógico», en la que, durante 1980, emergió a la superficie la cultura política partidista juvenil, los símbolos y estéticas propias de la izquierda estudiantil, para luego ser víctimas de una oleada de sumarios y expulsiones. Sin que hubiera necesariamente compartimientos estancos en el movimiento estudiantil opositor, el período que se extiende entre 1980 y el inicio de las protestas a nivel nacional, en 1983, marcó tanto el desvanecimiento funcional de ACU como la aceleración de la velocidad y el aumento de la densidad de las redes de militancia estudiantil universitaria que darían como fruto la rearticulación de la FECH en 1984.

Es pertinente preguntarse en qué medida el proceso de renacimiento de la FECH fue una consecuencia de la acumulación de instancias participativas, que incluyeron a la ACU, o, por otra parte, si dependió principalmente de las condiciones del contexto nacional, en las que se configuró en los campus universitarios un escenario cada vez más favorable, aunque no exento de riesgos, para la presencia de fuerzas políticas opositoras a la dictadura. Probablemente, una respuesta que sea verosímil se encuentre en algún punto intermedio.

Tal como se ha señalado al inicio de estas páginas, la experiencia estudiantil universitaria opositora se encuadró en el marco de la condición juvenil y estuvo atravesada por las circunstancias de su índole generacional. Ello supone tanto un encadenamiento a una tradición transmitida mediante distintas fuentes (la socialización familiar, barrial, el contacto intergeneracional, entre otras) como también un conjunto de nuevos lenguajes, prácticas y modos de asomarse a la vida universitaria. La cultura preservada por la ACU, así como las acciones derivadas de ella (por ejemplo, el circuito de publicaciones estudiantiles

clandestinas, de talleres artísticos y literarios, o el propio medio oficial de la Asociación, *La Ciruela*), sin duda involucraron una continuidad y una recreación de imaginarios políticos sobre el pasado universitario (que contenía, como clave articuladora, a la FECH como epítome de la identidad colectiva estudiantil).

A ello habría que agregar las experiencias de la organización estudiantil en forma clandestina, en primera instancia, y de modo público con el pasar de los años. Sin embargo, también es necesario subrayar que el lazo entre manifestaciones culturales, representación gremial y política militante nunca parece haber estado tan debilitado como para concebir que constituían dimensiones segregadas o que se repelían de manera mutua. La relevancia de la movilización en clave callejera y partidista adquirió condiciones de posibilidad en paralelo con lo que acontecía en el país, en una vinculación ocasionalmente sincronizada con los esfuerzos organizativos de otros actores sociales como, por ejemplo, sindicatos de trabajadores o grupos de pobladores.

Para decirlo en términos generacionales, las y los estudiantes opositores a la dictadura en la Universidad de Chile formaron parte de un colectivo que transitó, de manera segmentada, desde la clandestinidad a la visibilidad y articulación creciente con otras fuerzas sociales en movilización contra la dictadura. Esto último llegó a uno de sus puntos estelares en el primer semestre de 1986, cuando la FECH participó, en el marco de la Confederación de Estudiantes Universitarios de Chile (Confech), en la Asamblea de la Civilidad, la forma asociativa más amplia lograda durante la dictadura entre organizaciones gremiales, sociales y estudiantiles, que rebasó los límites del campo político opositor, delineados en ese tiempo por la existencia de bloques diferenciados por la hegemonía de la Democracia Cristiana (Alianza Democrática) y el Partido Comunista (Movimiento Democrático Popular).

Ese tránsito segmentado fue protagonizado, por ende, por cohortes distintas. Así, la vivencia directa de la época de la Unidad Popular o del período más crudo de la represión militar posterior era una realidad con mayores grados de mediación para buena parte de quienes llevaron adelante la reorganización de la FECH. De tal modo, el segmento generacional que culminó el proceso en 1984 provenía de una experiencia menos centrada en el recuerdo del conflicto político social prevaleciente entre 1970 y 1973, ajena vivencialmente a los contenidos y símbolos del tiempo de la reforma universitaria y dueña de evocaciones más borrosas sobre las prácticas políticas y el compromiso encarnecido de las militancias juveniles durante el período de la UP. Testimonio de ello es lo que recordaba Yerko Ljubetic, primer presidente de la FECH restaurada:

recuerdo que estando en octavo año básico, tenía compañeros de curso que esperaban con ansias el momento de alguna manifestación, de alguna movilización de los partidos ya fuera del gobierno o de la oposición, para ir a entretenerse marchando, tirando piedras o haciendo todo tipo de diabluras dentro del contexto de lo que eran esas manifestaciones (...) desde el 74 en adelante, yo estaba en el Seminario Pontificio Menor en donde la verdad es que vivíamos en una situación de inconsciencia e ignorancia muy grande acerca de lo que estaba pasando en el país, a pesar que ocurrían cosas dramáticas (Brodsky, 1988, p. 42).

Resulta interesante notar que el trayecto de esta generación constructora de la FECH naturalmente no se hizo desde el vacío, sino que se sustentó sobre los aprendizajes transmitidos por las y los estudiantes opositores. Sin embargo, tuvo que enfrentar dilemas que quizás no fueron de tanta relevancia para quienes se manifestaron al interior del horizonte estético, afectivo y político gestado en torno a la ACU. Al ser esta un espacio asociado tácitamente a la cultura de la izquierda estudiantil y volcado principalmente a la universidad como entorno prioritario (pese a que tuvo cierta proyección pública nada desdeñable a través, por ejemplo, de las varias versiones de los Festivales de Música Universitaria: la Universidad canta por la Vida y la Paz), las tensiones entre orgánicas políticas estudiantiles tuvieron un impacto bastante menor a lo que sí involucraron en el proceso de organización de las y los universitarios opositores de cara a la toma de espacios representativos y al ejercicio de la protesta antidictatorial desde, a lo menos, 1979 en adelante. Así, en torno a la tarea de recuperar centros de alumnos, el «activo democrático» debió enfrentar conflictos cruciales.

Una de las principales causas de tensión al interior del movimiento estudiantil universitario que visualizaba como objetivo estratégico la refundación de la FECH fue la lógica de representación, deliberación y acción política. Fruto de numerosas reflexiones al interior de ciertos sectores de la izquierda, sumado a nuevos enfoques ideológicos que agregaban nuevos factores de discernimiento al sentido de la militancia y ponían en duda las formas más verticales de ejercer la relación entre representantes y representados, se fue consolidando una perspectiva que ha sido tradicionalmente identificada como «basismo». En términos sucintos, tendía a favorecer formas crecientemente menos verticales y más asambleístas de gestión de la política universitaria, dentro de los límites que, por cierto, imponía una realidad dictatorial. En su opuesto, figuraba la reivindicación, por parte de las juventudes políticas asociadas a partidos con mayor fuerza, tradición y estructura como eran la Democracia Cristiana y el Partido Comunista, de un tipo de representatividad estudiantil más típica de

la delegación vertical del poder, en un símil de los estilos de conducción y organización de las juventudes políticas respectivas.

El clivaje recién señalado daría como resultado una tensión no necesariamente resuelta que, sin embargo, inclinó la balanza en favor de los «super-estructuralistas» (como eran percibidos críticamente comunistas y demócratacristianos por los grupos de nueva izquierda y del socialismo renovado). Ello sucedió debido, principalmente, a la sincronización que ocurrió de manera no mecánica entre la política adulta a nivel nacional y la del movimiento estudiantil universitario. Cuando los partidos políticos (a pesar de la proscripción legal generalizada que caía sobre ellos) se activaron en torno a procesos tanto de negociación como de movilización contra la dictadura (que sufría los embates de la crisis económica aunados a la pésima imagen internacional por las recurrentes violaciones a los derechos humanos), buscaron trasuntar sus alianzas con el campo social y universitario. En el caso de la Universidad de Chile, así como en otros planteles en los que también las fuerzas democráticas buscaban reinstalar instituciones representativas, la matriz binaria del esquema Alianza Democrática-Movimiento Democrático Popular no prosperó. Desafiando las orientaciones de los partidos adultos, las y los estudiantes universitarios levantaron en la mayor parte de los casos plataformas unitarias, desde las instancias de delegados de cursos, centros de alumnos y, en la cúspide, una lista del amplio espectro opositor, encabezada por Yerko Ljubetic, de la Democracia Cristiana, e integrada por militantes del socialismo renovado y del MDP que, finalmente, un jueves 25 de octubre de 1984, revivió en un proceso electoral no exento de desafíos a la histórica FECH.

La resurrección de la FECH, heredera de un trayecto que se remonta a 1906, fue ocasión para simbolizar que, en medio de un período marcado por el autoritarismo político y la disolución del perfil de lo que constituía el legado del reformismo universitario de los años 60, el proceso había servido —en boca de sus protagonistas— para forjar a una generación. Así lo sostenía en su discurso Ljubetic:

El jueves 25 no nació sólo una federación de estudiantes, nació algo más grande e importante para Chile: nació una generación. Una generación que trae buenas y nuevas noticias para Chile y su pueblo. Una generación que dice con mucha fuerza, con mucha convicción que la unidad es posible porque son más las cosas que nos unen que aquellas que nos dividen; que la unidad es posible porque antepone los intereses y aspiraciones de Chile por sobre los de nuestros partidos o los intereses particulares.

¿Y qué mejor noticia que ésta podía traer una nueva generación? En medio de un dramático espectáculo de divisiones, y querellas incomprensibles para quienes están viviendo cotidianamente los dramas del hambre, la miseria, la represión, la humillación, ¿qué mejor noticia que la que trae la FECH?: la unidad es posible, esa es nuestra primera buena noticia (en Agurto, Canales y de la Maza, 1985, pp. 159-160).

MATICES DISTINTOS, TONOS SEMEJANTES

Como hemos visto, la rearticulación de la FECH puede ser comprendida en sintonía con la existencia de la ACU en una relación que podríamos entender metafóricamente como cromática: tonos semejantes asimilaron en alguna medida a una y otra, en la voluntariosa lucha por contrastar con el gris castrense —que simbolizaba un orden impuesto de manera inconsulta y violenta— experimentado por parte del segmento generacional de la ACU como quiebre de una experiencia política y universitaria cercana, y como colapso de una sensibilidad que se intentó mantener viva mediante el activismo cultural, adaptando la forma de un refugio emocional que fue permanente espacio de contestación.

Por su parte, el segmento generacional de la reconstrucción de la FECH emergió desde un espacio que ya contaba con una memoria de resistencia, tanto cultural (simbolizada en la ACU) como política (gracias, entre otros actores, a los activos democráticos en tiempo de clandestinidad). Si bien hay hiatos temporales que distancian a ambos segmentos y que, por ello, los hacen ver como distintos, matizados, con luces y sombras diferentes; es también perceptible la familiaridad de época, la semejanza de una tonalidad marcada por la condición juvenil, la resistencia compartida frente al autoritarismo y, en definitiva, una añoranza común por el espejismo de una universidad lejana y diferente a la que se comenzaba a edificar en el marco de un nuevo concepto sobre su rol, derivado de la Ley General de Universidades de 1981. Nutriéndose de la sensibilidad y la acogida en momentos más oscuros o apostando a la intrepidez, el optimismo a toda prueba y también la rabia llevada a la calle, las y los muchachos de ACU y FECH inscribieron sus colores en el lienzo mortecino en el que les tocó vivir su juventud.

REFERENCIAS

- Agurto, I., Canales, M., y De La Maza, G. (Editores). (1985). *Juventud Chilena. Razones y subversiones*. Eco.
- Brodsky, R. (1988). *Conversaciones con la FECH*. Ediciones Nuestra América.
- Brodsky, C. (2003). Los orígenes de la ACU: cuando la Resistencia tocaba guitarra. *SurDA*, 44, 36-37.
- Cisternas Zamora, L. (2012). Un abordaje teórico de la memoria colectiva del movimiento estudiantil: la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, 1973-1990. En *Archivos, memoria y movilización. Archivo de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile*. Archivo FECH, 41-55.
- Cisternas Zamora, L., y Ogass Bilbao, C. (2014). *Archivo oral del movimiento estudiantil: registrando las memorias de la refundación de la FECH*. Archivo FECH.
- Donoso Fritz, K. (2013). El ‘apagón cultural’ en Chile: políticas culturales y censura en la dictadura de Pinochet 1973-1983. *Otros Tiempos*, 10 (16), 104-129.
- Emmerich, F. (1977). Los que no son como Sergio Sánchez. *Qué Pasa*, 302, 22-23.
- Errázuriz, L. H., & Leiva, G. (2012). *El Golpe Estético. Dictadura militar en Chile, 1973-1989*. Ocho Libros.
- García Monge, D., Isla Madariaga, J., y Toro Blanco, P. (1996). *Entrevista grupal a integrantes de ACU*. [cassette de audio] 27 de septiembre.
- García Monge, D., Isla Madariaga, J., y Toro Blanco, P. (1997a). *Entrevista a Esteban Navarro*. [cassette de audio] 6 de enero.
- García Monge, D., Isla Madariaga, J., y Toro Blanco, P. (1997b). *Entrevista a Patricio Lanfranco*. [cassette de audio] 4 de diciembre.
- García Monge, D., Isla Madariaga, J., y Toro Blanco, P. (2006). *Los Muchachos de Antes. Historias de la FECH (1973-1988)*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- González Cangas, Y. (2013). Bohemios y militantes: identidades juveniles en Chile (1900-1952). En Y. González y C. Feixa (Coordinadores), *La construcción histórica de la juventud en América Latina. Bohemios, rockanroleros y revolucionarios*. Editorial Cuarto Propio, 323-383.

- Grez Cook, F. (2009). Flores adelantadas, flores heladas. El nacimiento de la ACU en dictadura. *Izquierdas*, 2(3), 1-13.
- Lanfranco, P. (1980). ¿Adónde va la ACU? 'Tras la defensa de la cultura nacional'. Responde Patricio Lanfranco, Presidente de la Agrupación Cultural Universitaria, ACU. *Solidaridad*, 1ª quincena, 7-8. Archivo FECH, Fondo ACU: Carpeta 19.
- Lira, R. (2003). *Proyecto de Obras Completas*. Editorial Universitaria.
- Maldonado Roldán, V. (1998). *Síntesis de la evolución del movimiento estudiantil chileno entre 1985 y 1987*. Universidad Católica Blas Cañas.
- Muñoz Tamayo, V. (2006). *ACU. Rescatando el asombro. Historia de la Agrupación Cultural Universitaria*. Ediciones Calabaza del Diablo.
- Muñoz Tamayo, V. (2011). *Generaciones. Juventud universitaria e izquierdas políticas en Chile y México (Universidad de Chile-UNAM 1984-2006)*. LOM.
- Ogass Bilbao, C. (2014). Memoria, archivo y testimonio: reflexiones de un entrevistador improvisado. En *Archivo oral del movimiento estudiantil: registrando las memorias de la refundación de la FECH*. Archivo FECH, 13-17.
- Pablo. (1987). La vera historia de la ACU. *La Ciruela. Edición sumamente especial. Diez años de la ACU* [primavera-verano 1987]. Archivo FECH, Fondo ACU: Carpeta 1.
- Reddy, W. (2001). *The navigation of feelings. A framework for the history of emotions*. Cambridge University Press.
- Rodríguez, O. (2016). Chile: La Importancia de la historia de la ACU. *Presenza*, 11 de noviembre de 2016. [URL] (Acceso: 12 de marzo de 2017).
- Toro Blanco, P. (2011). El movimiento estudiantil oficialista en la Universidad de Chile, 1979-1984. Notas para su estudio. En S. González Marín y A. M. Sánchez Sáenz (Coordinadoras), *154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica*. UNAM, 455-479.
- Toro Blanco, P. (2015). Tiempos tristes: notas sobre movimiento estudiantil, comunidad y emociones en la Universidad de Chile ante la dictadura de Pinochet (1974-1986). *Espacio, Tiempo y Educación*, 2(2), 107-124.
- Toro Blanco, P. (2018). De miedo y de ira: estudiantes universitarios y emociones en dictadura e inicios de la transición chilena (c.1983-c.1998). En M. Cordero, P. Moscoso y A. Viu (Editores), *Rastros y Gestos de las emociones: Desbordes disciplinarios*. Cuarto Propio.